

F. A. 140

F. 384

F.A.

F-40



R 5973

Resc/287

CONTESTACION

DEL AUTOR DEL DICCIONARIO
GEOGRAFICO-ESTADISTICO
DE ESPAÑA Y PORTUGAL

A LAS
OBSERVACIONES NECESARIAS

DE D. J. ALVAREZ.



MADRID,
IMPRENTA DE PIERART-PERALTA.
1826.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL. 60607

1971

1971

1971

*Si quid novisti rectius istis,
Candidus imperti; si non his utere mecum.*
HOR. LIB. 1.^o. EPIST. 6.^a.

*Para el señor Alvarez y demas que no entiendan latin,
quiere decir, que quien sepa hacer un diccionario
mejor, ponga manos a la obra; quien no, tenga to-
lerancia, y no nos quiebre la cabeza.*

Antiquísima debió de ser en el mundo la inven-
cion de las desvergüenzas, así de palabra como
por escrito, segun lo arraigada que está la costum-
bre de decirlas en todos tiempos y circunstancias.
No basta que las prohiban las leyes eclesiásticas y
civiles, que las repruebe la buena educacion, que
las deseche la lógica y las castigue el azote del ri-
diculo; las desvergüenzas han de hacer siempre su
papel, han de salir siempre á visita aunque no las
llamen, y han de hacer siempre, ó casi siempre, el
gasto que correspondia á la razon, por mas que
esta se avergüence de semejante preferencia. No
es esto decir, que no haya algun otro caso en
que los escritores se circunscriban á los estrechos
limites de una censura justa y racional, y se sujeten
á los severos preceptos de la crítica. A este último
género pertenecen sin duda las *Observaciones* que
dirige al público un D. J. Alvarez, natural de
Arenas en la zona tórrida; el cual sin embargo de los
muchos motivos que necesariamente ha de tener
para aborrecerme, supuesto que no nos conocemos,
con todo eso no ha querido confundirse en el nú-
mero de aquellos escritorzuelos, tan ruines como
cobardes, que solo critican para morder, y solo
censuran cuando la envidia ú otras pasiones bajas
les instigan á hacerlo. Por el contrario, nuestro
buen Alvarez, cuya finura y delicadeza habrá ob-
servado el público, evita con el mayor cuidado

todas las ocasiones de zaherirme, busca rodeos é inventa frases para dar á entender por entre mil velos lo repugnante que le es, hacer la mas ligera indicacion de un descuido ó de un error, y finalmente me recompensa con exagerados elogios las pocas claridades que no le ha sido posible evitar. Otro hubiera habido, en aquellos tiempos en que tanto se abusaba de la libertad de la imprenta, que me hubiese llamado *ignorante, audaz, avaro, cabeza perdida*, y cuantas injurias se le hubieran venido á la pluma; pero no es ese el espíritu que dirige á mi ilustrado observador, ni son compatibles esos ruines apodos con la benéfica intencion que manifiesta desde la portada, de contribuir á que salga menos defectuosa la descripcion de la Península.

Esta justa consideracion deberia al parecer dispensarme de entrar en contestaciones sobre esta materia, y reducirme á darle las debidas gracias, si esta maldita ociosidad que, como todos saben, es la madre de todos los vicios, no me hubiese conducido á mi estancia ordinaria, que es la Puerta del Sol, sin otro objeto que el de matar el tiempo. Estaba yo entreteniéndome en formar la estadística de las moscas que sobreviven á las primeras escarchas del invierno en Madrid, cuya obra llevo muy adelantada, cuando un caballero muy decente á quien apenas conozco, se me acerca y me entrega una carta cerrada con direccion á mí, la cual parece que iba á poner en el correo. Preguntéle quién era y en qué podia complacerle; á lo cual me respondió, que nilo primero me importaba, ni necesitaba de lo segundo; y así que me contentase con hacer uso, si queria, de aquellos papeles, y que tratase de vindicar una obra, de que el público esperaba con el tiempo una grande utilidad. Con esto se marchó sin saludarme, de lo cual inferí que

no podia ser paisano del señor Alvarez, esto es habitante de la zona tórrida, porque estos todos son atentos y cumplimenteros hasta el extremo; sino que por el contrario sería algun lapon de los muchos que todos los dias se vienen por acá, introduciendo resabios de mala crianza. Sea quien se fuere, yo me quedé mirándole como un papanatas, me volví á mi casa, y me encontré con el escrito siguiente, que no solo habla con el señor Alvarez, sino tambien con todos los lechuguinos de Geografía.

ANÁLISIS

de las Observaciones sobre el Diccionario Geográfico.

Para conocer distintamente el valor de las *Observaciones*, conviene examinar por partes el folleto que lleva este titulo, y reducirle, por decirlo así, á los elementos de que se compone. Por este método se tocará el debilísimo fundamento de los reparos mas graves que contiene, la mala fe con que está escrito, y la crasísima ignorancia que manifiesta en las materias de que trata.

I. Debilidad de las Observaciones.

Un matemático publica un tratado de Aritmética; establece bien los principios, fija las reglas de todas las operaciones, y en seguida presenta ejemplos de ellas para su ilustracion. Pero en una suma se nota, que debajo de 5 y 2 se halla

un 4, y en una division, que de 6 partido entre 2, se ponen 5 por euociente. La torpeza misma de estos errores muestra, que son una errata de pluma ó de imprenta: pues aunque el mismo autor no hubiese espuesto anteriormente los principios por que se corrigen, no cabe en quien escribe un tratado de Aritmética, la ignorancia de que 3 y 2 son 5, y de que 6 entre 2 caben á 3; en la cual ningun mozo de mandados incurriria. ¿Qué diríamos del impugnador que tomase ocasion de estos yerros numéricos, para clamar que la obra era *un tegido de disparates*, y que su autor ignoraba hasta los primeros rudimentos de la ciencia del cálculo?

Pues tales son los errores del Diccionario, y tal la critica que se hace de ellos en las Observaciones. Con estas diferencias notabilísimas á favor del Diccionario Geográfico: Primera, que el tratado de Aritmética seria una obra de mucho menor estension, en que es mas fácil evitar las erratas; y el Diccionario consta de muchos y gruesos volúmenes de letra pequeña, cuya correccion en la poca limpieza y falta de tinta que ofrecen frecuentemente las praevas, es una tarea prolijsima y espuesta á descuidos: Segunda, que aquel tratado se supone escrito por una sola mano; y no puede desconocerse, que en un Diccionario estenso de Geografía, han intervenido muchas, aunque su autor mismo no lo confesára en el prólogo: Tercera, que en cualquier obra de cálculo las cifras numéricas son el objeto principal á que se dedica todo el esmero en la correccion; pero en un Diccionario, que abraza innumerables noticias de diferentísimo género, no puede dárseles una atencion esclusiva. Unas tablas aritméticas ó astronómicas, en que se equivocasen frecuentemente los números, de nada servirian sino de

inspirar errores ó incertidumbre ; un Diccionario Geográfico en que , no ya las cifras de tres ó cuatro situaciones astronómicas , sino todas ellas estuviesen equivocadas , puede ser utilísimo sin embargo en la descripción de los lugares , de su situación topográfica , de la población , del terreno , de los productos de la naturaleza y de la industria : y será en efecto de un uso importantísimo , así al gobierno para la administración general , como á los individuos para sus intereses particulares ; los cuales , ni uno ni otros necesitan conocer para sus operaciones la determinación astronómica de los pueblos. ¿Pues no hay en todos los diccionarios geográficos , que se han publicado en el mundo , innumerables de ellos , cuya situación astronómica no se espresa , porque no está determinada todavía ? ¿Y será inútil por esa falta su descripción ?

El observador reconoce y manifiesta mas de una vez , que la empresa de formar un Diccionario Geográfico-Estadístico de España es superior á las fuerzas de un hombre solo ; pero no sabe , ó se desentiende de los medios únicos con que puede superarse esta dificultad. Es necesario para ello valerse de los datos publicados ya , ó que el autor mismo pueda adquirir : es necesario ocupar muchas personas para extraer , para computar , para cotejar , para copiar ; y aunque el diccionarista tenga la dirección é inspección de todos los trabajos , y se reserve la ejecución de los mas empeñados y difíciles , al fin ha de descansar en la fe de otros , so pena de que si todo lo hubiese de examinar por sí mismo , sería físicamente imposible que concluyese su obra , si ya viviese doscientos años. He aquí pues una multitud de orígenes de los muchos errores que se encuentran en cuantas obras se han publicado de este género. Primero,

las fuentes de donde se toman las noticias : segundo , los extractos ó redacciones : tercero , las copias : cuarto , la imprenta ; y de estos últimos se han derivado en su mayor parte las pocas equivocaciones que se notan en el folleto. Pocas , muy pocas á la verdad , y muchas menos de las que contiene la obra , y es inevitable que contenga. Una crítica de seis hojas de letra gruesa en octavo , que , si se desbrozan , pueden reducirse á dos , contra dos tomos en cuarto que comprehenden mil páginas de letra metida y muchos miles de noticias , es obra por cierto miserable , y pocos reparos de importancia puede envolver.

El primero es la situacion equivocada que se da á la villa de Arenas , colocándola á los 13° 44" de *latitud*. Enmiéndese *longitud* , y se la restituye desde *el centro del Africa* á la provincia de Toledo. ¿ A quién no ocurre , que el cambio de palabras tan semejantes es un desliz de pluma ó de imprenta , facilísimo en una obra , en que se emplean tan frecuentemente esos términos ? -- Pero , *no señor ; no es error de imprenta* , grita el folletista ; *es ignorancia , pues son poquísimas las longitudes y latitudes bien puestas de todas las que determina*. Veámoslo.

Efectivamente (continúa) cuenta unas longitudes desde el meridiano de la Isla del Hierro , otras desde el de Cádiz , otras , que es la mayor parte , (¡ bellísima concordancia : otras , que es !) no se sabe de donde. No lo sabrá el impugnador ; porque todos los aprendices de Geografía saben , que cuando no se espresa en las longitudes el meridiano en que principian á contarse , se entiende siempre el de la Isla del Hierro , que ha sido el primer meridiano europeo hasta nuestros dias , en que los astrónomos de cada nacion han querido fijarlo , bien en su corte , como

los de Francia, bien en su observatorio principal, como los de Inglaterra, bien en la una ó en el otro, como los de España, que á veces lo han determinado en Madrid, á veces en Cádiz, cuyo observatorio se ha trasladado posteriormente á San Fernando. Cualquiera que ha visto mapas, ó leído diccionarios de Geografía, sabe que generalmente no se dice el meridiano de que se toman las longitudes, cuando se refieren al de la Isla del Hierro. Ni se opone á esto el que se espresase alguna vez en el nuevo Diccionario: esta es una indicacion sobrecabundante é innecesaria, como la del N. en la latitud, que tratándose de España, debe suponerse entendida.

Pero lo mas torpe de todo es la razon de ignorancia que encuentra el observador en la variedad de meridianos á que se refieren las longitudes. Unas en efecto son relativas á la Isla del Hierro, otras á Madrid, otras á Cádiz, otras al Pico de Teide ó de Tenerife, para que no tengamos otro tropiezo. ¡Y es una prueba de ignorar el cómputo de las longitudes, distinguir los meridianos respectivos de que se cuentan! Jamas se habia dicho que la distincion es una muestra de ignorancia. Solo el que sabe, distingue: el que ignora, confunde; como.... habrá muchas ocasiones de notarlo en el folletico. -- Si habrá querido decir el observador, que debieran todas las longitudes referirse á un solo meridiano? Pero el deber del diccionarista era estampar fielmente las que halló establecidas, sin detenerse en una prolija reduccion, que hubiera embarazado su obra. Para los que entienden, por cualquiera de los meridianos espresados se determina la situacion; para los ignorantes de estas medidas, todos los métodos son inútiles.

Mas el autor del Diccionario *es constante casi*

siempre en contar las latitudes desde el meridiano de Madrid. La risa sardónica con que censura esta conocidísima errata nuestro Aristarco, solo merece indignación ó desprecio. De esa equivocación, que él llama constante, solo cita seis egemplos; y aunque pudiera añadir mas, siempre serán muy pocos, si, como es justo, se comparan con la totalidad de las latitudes en que no se comete. Esa es la errata de las situaciones, que llama *ridículas*, de Alcalá de Henares, Albacete, Andújar, Aranda de Duero, Betáncos y Bilbao, y de alguna otra que no ha visto; puesto que para multiplicar su número, usa de la fraudecilla pueril de mencionar dos veces el yerro de Albacete; la primera, citando la página en que se halla, sin espresar el pueblo, y la segunda, nombrándolo luego en la enumeración de los seis antedichos.

Ahora bien: para conocer toda la futilidad de la acusación, sépase que las situaciones de estos pueblos estan tomadas exactamente, sin equivocar un número ni una tilde, de las correcciones hechas por el Señor Bauzá á las que publicó en su *Geografía de España* Don Isidoro de Antillon. Toda la equivocación consiste en que uno de los copiantes á quien se dió la tabla de las correspondientes á los artículos que trasladaba, puso primero la longitud y despues la latitud de los pueblos, y por eso siguen á esta las palabras *del meridiano de Madrid*, que deben referirse á la primera. Yerro, que nada importa para los que no entienden de longitudes, y para los que saben su definición tan solamente, importa menos todavia, pues la fijación del meridiano solo puede referirse á la longitud. Supongamos que en la descripción de un gigante, publicada por algun naturalista, despues de señalar su estatura (que es semejante á la latitud ó elevación de polo en

Geografía), se dijese que por las espaldas tenía una vara de *alto*. Quien ha visto á los hombres, ¿no conoceria que se puso equivocadamente *alto* en lugar de *ancho*? ¿Y no sería soberanamente ridiculo, meter grande algazara y atolondrar al público, diciendo que el tal naturalista no sabía medir la altura de los hombres, ó que llamaba gigantes á los pigmeos de una vara? Al público se respeta mas; y no se ocupa su atencion con semejantes puerilidades. -- Ha de advertirse que de Albacete y Bilbao solo está demarcada, y solo se espresa en sus artículos la latitud: debe pues borrarase la indicacion del meridiano que añadió el copista inoportunamente.

Otra prueba mas estupenda de ignorancia encuentra el papelista en la situacion de Cádiz, que se fija á los $2^{\circ} 35' 30''$ de longitud O. de su observatorio. Mas si él conociese esta determinacion, que es precisamente la del meridiano de Madrid, corregida por el Señor Bauzá, hubiera advertido desde luego el origen de la equivocacion. Tanto en las correcciones de éste, como en la tabla de Antillon, se anotan al margen de la situacion de Cádiz estas palabras, *ant. observat.*, para significar que la longitud de aquel pueblo se ha fijado en el punto de su observatorio antiguo. El escribiente, que vió citado el observatorio al canto, y no entenderia la relacion entre el meridiano que se determina, y el primero que se supone fijo, hubo de referir la longitud al observatorio de Cádiz. Pero otra vez y otras ciento: es muy fácil que una errata de estas se escape al hombre mas perspicaz, cuando nada en un piélago de libros, de mapas, de tablas, de descripciones, de noticias de apuntes, no solo sobre los artículos publicados, sino sobre mas de treinta mil que habrá de

comprender el Diccionario: es muy fácil, repito, que se escapen semejantes erratas; lo que es imposible de absoluta imposibilidad, es que quien entiende la materia, no las conozca á primera vista, y atribuya estos yerros materiales á un escritor, que principia su obra explicando los círculos y los meridianos, y el método de determinar la latitud y la longitud. Pero esto merece una calificación mas severa, que debe reservarse para su lugar.

Se dice en el artículo de Castilla la Nueva, que está situada entre los 2° 45' de latitud N. y 17° 10' de la Isla del Hierro. Este enorme despropósito, que no se advirtió hasta después de impreso y encuadernado el tomo 2.º, hubo de copiarse torpemente de la Geografía de España de Don José Jordan, donde se halla á la letra; y donde con otros errores que contiene, como tantas obras de esta clase, lo ha dejado correr impunemente nuestro observador, sin manifestar hasta ahora su celo porque los extranjeros sepan, que si hubo en España un escritor ignorante, en cuyos libros se hallen algunas erratas de números, hay un crítico ilustrado, que difunda en un quinquelio los copiosos raudales de su sabiduría. ¡Tanta indulgencia y olvido de las equivocaciones sin número de Vegas, de Laborde, de otros que andan en manos de todo el mundo, y un celo tan ardiente contra el nuevo Diccionario! ¿Si será otra cosa?

Mas si son yerros de imprenta ó de pluma, dirá alguno, ¿porqué no se han enmendado en una fe de erratas? Por muchas razones. Porque una fe de erratas no se lee por lo comun; y el autor tiene otro medio de llamar la atención á sus enmiendas. Porque estas deben darse completamente; y es imposible que el autor del Diccionario, que mien-

tras publica un tomo, está revisando y coordinando el que sigue, pueda examinar el impreso con la detencion necesaria para asegurarse de que ha advertido todos los yerros de varias clases que contenga. Ademas de que la publicacion le proporciona avisos de los verdaderamente instruidos y bien intencionados sobre equivocaciones mas importantes que esas miserables erratas; y conviene publicar juntas todas las enmiendas. Por último, no se imprimen estas en cada tomo, porque desde el prólogo del primero ha ofrecido su autor publicar *en un suplemento todas las observaciones de errores ó equivocaciones que se adviertan en esta obra*. Entonces se tendrá un conocimiento de ellas mas cabal: entonces se formará un tratado completo de correcciones: entonces, por la mayor importancia y estension de muchas de ellas, se escitará la curiosidad de los lectores para examinarlas.

Salimos por ahora de paralelos y meridianos, y podemos caminar derecho sin tropezar en encrucijadas. *Pasemos ya del prólogo*, dice reposadamente el observador (pág. 8), despues de haber notado todas las erratas anteriores, que estan diseminadas desde el principio del tomo 1.º, hasta las últimas páginas del 2.º. Supuesto pues que los dos tomos recorridos sean el prólogo del Diccionario, sigamos al impugnador en esta marcha de abejorro, que se da contra las paredes, sin saber por donde camina. Lo primero con que se estrella, cuando se aleja del ecuador y se ve libre de los circulos, es el periodo siguiente de la introduccion del Diccionario, en que hemos venido á remanecer. « El globo terrestre gira sobre una aguja tocada á la piedra imán, como si fuera una barra de acero. » El hombre se horripila al leer estas espresiones del cap. IV de la introduc-

cion, que le parecen *campanudas*, (¡ cómo entiende de sonidos !) y pregunta, á guisa de quien oye campanas sin saber donde tocan, y esclama y hace mil aspavientos, sin esplicarnos la secreta antipatia de ese campaneó que le causa tal convulsion. ¿ Si estará el daño en esa posicion giratoria que se atribuye al globo terrestre? ¿ Si en la aguja magnética que se le da por eje, ó en la barra, con que se compara? ¿ Si será.... Mas sea lo que fuere, conviene que para curarse del espanto, se instruya en dos puntos, que presentarán en mayor luz aquella cláusula, y le mostrarán que no encierra los vestigios que le atemorizan.

Primero. El globo terrestre, ademas de su conformacion y movimientos como planeta, tiene ciertas propiedades y *giro* de fuerzas ó conatos, como agente magnético. Bajo este respecto se le considera un eje particular con sus polos que lo terminan, distintos de los polos planetarios; puesto que se hallán, el uno á 78° de latitud boreal y $18^{\circ} 56' 37''$ de longitud occidental del meridiano de Madrid, y el otro á 78° de latitud austral y $198^{\circ} 56' 37''$ de longitud tambien occidental de aquel meridiano. (Y cuenta que en esta longitud, tomada del meridiano de Paris en el Dictionario, hay un error de guarismo por haber cambiado los números, y debe leerse 205° en vez de 250° .) Sobre ese eje, ó llámese *aguja*, dice el autor del Dictionario que gira el globo; porque estando las partes de una esfera dispuestas simétricamente respecto de un eje, se dice bien que gira toda sobre dicho eje, no para indicar un movimiento efectivo de rotacion, sino para manifestar sensiblemente la disposicion de todas las partes en *rededor*, en *contorno*, en *giro*; en una palabra, la direccion de la figura circular ó esférica, cuya idea primitiva espresan los mismos matemáticos por un

movimiento de rotacion. Y hétenos aquí en el otro punto.

Segundo. Los verbos de movimiento se aplican trasladadamente á los cuerpos en reposo, cuando estos ocupan el espacio que se andaria, ó estan colocados en la direccion que se seguiria en el movimiento significado por ellos. Se dice *estenderse* por *alargarse* ó *ensancharse*, y se dice tambien por ocupar el largo ó el ancho: *correr* por *pasar* rápidamente de una parte á otra, y tambien por llenar la distancia que hay entre las dos: *levantarse* por moverse hácia lo alto, y lo mismo por tener ó estar en altura: *rodear*, *girar*, por *andar al rededor* de alguna cosa, y tambien por cercarla, ó estar en *giro* ó circunferencia de ella. Abra el observador cualquier libro, la Geografia de Antillon, ya que nõs la cita, y leerá estas y otras mil espresiones semejantes, hablando de las cordilleras de España. «En el (*brazo de la cordillera ibérica*) » que *va* á Peñíscola, se distingue la Muela de Ares.... En el segundo brazo » *se levanta* el pico de Peñagolosa... Desde las fuentes del Tajo se *introduce* la cordillera ... dentro » de la provincia de Cuenca: ... *sigue* de N O. á » S O. próximamente; *entra* luego separando la » Mancha del reino de Murcia.... Desde las montañas de Millares *se desgaja* otra cordillera, que... » antes de *llegar* á Villena, *torciendo su rumbo*, » *se dirige* al mar... Desde Villena *sale* otro brazo... » Del Pirineo dice Valbuena en el canto 24 de su Bernardo,

» que *corriendo viene*

» de la una mar á la otra mar salada.»

He aquí una multitud de verbos de movimiento aplicados á las montañas, que ni *corren*, ni *llegan*, ni *van*, ni *vienen*, ni *entran*, ni *salen*, ni *se levantan*, ni *se acuestan*. A esta manera

se dice, que el foso *gira* al rededor de una ciudadela, y que *giran* por el N. de Castilla la Nueva los montes que de aquel lado la circuyen. Tales metáforas y otras innumerables, necesarias en todos los idiomas, se fundan en que los cuerpos en reposo presentan de un modo permanente el efecto de los cuerpos movidos, describiendo con su posicion la linea ó la figura, que describen estotros con su movimiento.

Volvamos ahora, señor observador, con este poquito de doctrina á la cláusula que le ha dado á V. campanada. Dice el diccionarista, que el globo terrestre *gira sobre* un eje magnético, porque todas sus partes estan dispuestas en su *giro*, todas tienen una direccion simétrica hácia él: da á este eje el nombre de *aguja tocada á la piedra iman*, ó magnetizada, porque á él se dirigen las fuerzas magnéticas, el movimiento de atraccion que indica la brújula: compara al globo con una barra de acero, la cual no da vueltas al rededor (y eso bastaba para entender bien la cláusula), sino *se simetriza* siempre con su eje magnético. Esta comparacion sirve, como todas, para aclarar y fijar la idea principal del autor; á saber, que en la tierra, ademas del eje planetario, respecto del cual goza este globo de propiedades astronómicas, se considera un eje de atraccion, respecto del cual *se centralizan* sus propiedades magnéticas. ¿Se va entendiendo alguna cosa?

Por lo demas, si este language le aturde, y no quiere tropezar en barras ni agujas, consuélase con que todas esas espresiones son figuradas, y no hay en la naturaleza tales artimaños, ni polos, ni ecuador, ni zodiaco, ni eclíptica, ni paralelos, ni coluros, ni ninguna de esas lineas de que estan llenos todos los globos y planisferios. Estas

son invenciones de los astrónomos y geógrafos, para determinar la posición y movimiento de los astros y las varias localidades de la tierra, y ayudar á la imaginación para concebir los diferentes fenómenos celestes y atmosféricos. Conque no es cosa para asustarse. ¡Eh! ¿Va pasando el patatus?

Confiesa no obstante el folletista, que *hay sin duda ninguna buenas observaciones en la introducción*; y el autor del Diccionario debe estarle muy agradecido esta vez, porque la autoridad de Humboldt no le aseguraria tanto, como el estupendo testimonio del inaudito escritor de las *Observaciones necesarias*. Parecele empero inoportuna para una obra sobre la Geografía de España, la introducción que estaba dispuesta para un diccionario geográfico universal. Por lo visto, aunque en el Diccionario se indica la situación astronómica de los pueblos, se nombran istmos y promontorios, se habla de climas y temperaturas, y se refieren las producciones de la tierra, no viene á cuento explicar esos términos, ni dar una idea de esas medidas y fenómenos, porque solo se trata de ellos respecto de un reino particular. Pero el lector que no haya menester estas instrucciones en el Diccionario de España, tampoco las necesitaria en el de todo el mundo. A la verdad, se tratan en la introducción varios puntos con mas estension de la precisa para la inteligencia de la obra; pero ella se ha escrito para todos, y muy principalmente para los menos instruidos, á quienes debe atender en primer lugar el que no escribe para los profesores solos de alguna ciencia. Los lectores que carecen de elementos geográficos, se daran por contentos de hallarlos reunidos en pocas hojas: para ellos se ha escrito la introducción; no para literatos del eminente saber de nuestro crítico.

¿Qué otros reparos quedan para concluir este artículo? Porque los demas son ya otra cosa, y pertenecen á capítulo separado. -- Que se han olvidado algunos pueblos pequenísimos. -- No pueden darse mas diligencias de las que ha hecho el autor, para que ninguno se olvide. No hay diccionario en el mundo en que no se hayan olvidado, y en que no sea preciso que se olviden muchos artículos. No hay ninguno de Geografía en que se hayan olvidado menos. El nuevo Diccionario contiene innumerables, que no se encuentran en ninguno de los publicados hasta ahora: contiene mas de diez mil que faltan en el *Nomenclator de España*, formado por el Gobierno sobre relaciones muy circunstanciadas de las intendencias. ¿No valen nada estas adiciones inmensas para el censurador? Los olvidos que á pesar de todo ocurrieren, se ha ofrecido subsanarlos en el suplemento. ¿Tampoco basta esa oferta para acallarle?

En el artículo de *Cabeza de Buey* solo hay de errata una coma puesta en seguida de la palabra *Belen*, en que consiste la ponderada oscuridad. ¡Válate Dios por crítico, que nada desperdicia! He aqui el retazo que copia, escrito sin abreviaturas y sin la coma fatal, para que no se *devane los sesos*. «Alcalde ordinario, 1,305 vecinos, 5,365 habitantes, 1 parroquia y otra *iglesia* »de Nuestra Señora de Belen á una legua, 1 convento de monjas, 1 hospital, 1 pósito." Es pues claro, que solo el santuario de Nuestra Señora de Belen es el que se halla á una legua del pueblo. Dicese primeramente que es *patria de D. Juan Benítez Montero*: despues se espresa su distancia respecto de otros puntos; y luego se repite: es *patria de Don José Manuel de Quintana*. ¿No hubiera sido mejor colocar unidos á estos dos sujetos, para evitar la repeticion fastidiosa de es

patria, es patria? -- Todo lo que quiera el crítico; pero de ese modo tampoco se evitaba el verdadero error; porque Cabeza de Buey no es patria del Señor Quintana. Esa agregacion, no solo pesada, sino falsa, no se halla en el original. En la imprenta está; el crítico y cualquiera puede reconocerlo, y ver que no hay tal dislocacion. -- ¿Pues cómo se pegó al artículo? Eso es lo que no importa saber, y sería enojoso referir.

II.º

Mala fe de las observaciones.

Desde la primera llana aparece una prueba de ella. Dice el observador á pocos renglones y repite despues, que se ha suscrito al Diccionario. Y aunque tuvo la astucia de poner solo la inicial de su nombre, confiado en la frecuencia de ella y de su apellido, la fortuna no ha favorecido su fraude; porque ninguno hay hasta ahora que se llame *Don J. Alvarez* entre los suscriptores de Madrid; y no es creíble que se haya suscrito en las provincias un sugeto que vive en la corte, donde se publica el Diccionario. Quien se enmascara bajo un anónimo, podrá, si se quiere, darse el carácter que le convenga; mas el hombre de bien, que da su nombre y se presenta descubierta, no debe mentir su carácter.

Otra prueba insigne de mala fe, es el encono que ya se descubre desde la portada, y los dictámenes que se esparcen por todo el folleto contra el autor del Diccionario. *La ignorancia y falta de conocimientos*, uniendo ó alternando estas espresiones, se le prodigan con tal abundancia, que no hay una de las seis hojillas que tiene el papelete fuera del título, en que no se repitan y

encarezcan. Se le acusa de *interesado*; porque enmendó de pluma el precio de los dos mapitas primeros, que despues de impreso fue necesario alterar, porque se halló que era muy superior su costo. Mas si desde luego se dió enmendado este anuncio, ¿qué cargo puede fundarse sobre la anterior equivocacion? Esta errata no podia reservarse para el suplemento. Se dice que el Diccionario ha de ser *un tegido de disparates*. Se añade, que esta empresa solo sirve para *mostrar tanta audacia, como falta de conocimientos, y acaso un exceso de avaricia*. Vuelta á la avaricia otra vez. No se ha dado en nuestros tiempos, no se dará un tomo encuadernado de sesenta y dos pliegos y medio de letra tan metida en 34 reales. Bien debe conocerlo el acusador, que lleva 10 cuartos por un pliego de letra gruesa sin encuadernar; cuando los del Diccionario no llegan á 18 maravedises, aunque solo se computase un real por la encuadernacion. El crítico, segun su tasa, no daria un tomo igual por 80 reales. Anádase el extraordinario gasto que no requieren otras obras y ha necesitado el Diccionario; ya de una inmensa correspondencia para la adquisicion de las noticias, que ha subido á cerca de 70,000 reales, como acreditan los recibos de la administracion de Correos; ya de sueldos y demas espensas de una oficina numerosa para estractarlas, copiarlas y escribir cartas; la cual debe subsistir hasta la conclusion de la obra, y no ha bajado de ocho escribientes en la mayor parte de mas de dos años que lleva desde su principio. A pesar de todo, el criticador tiene por *avaro escesivamente* á quien despues de tan crecidos desembolsos, da un libro á menos precio que los que solo han hecho los gastos de la impresion; puesto que una censura tan ruin nos reduce á calcular estos

solamente, sin entrar en cuenta las tareas de los autores. Por último, para coronar esta cáfila de injurias, concluye que el autor del Diccionario, si es que ha leído su mayor parte, *ha perdido la cabeza*. El observador es tan modesto como sabio.

Tercera prueba de su mala fe es el empeño de mostrar la ineptitud del diccionarista para esta empresa, por las circunstancias personales que él se figura y equivoca torpísimamente. ¡Señor crítico! una obra se juzga por ella misma, no por las calidades de su autor. Si es buena, no menguará por estas su mérito; si es mala, en ella misma han de estar los errores que lo acrediten. Verdades muy duras que no sospecha V. le quedan por oír todavía sobre los absurdos de su papelejo; pero esté V. seguro de que para demostrarlos, no he de examinar yo los títulos con que se ha entrometido á escritor. -- Dice el observante, que el autor del Diccionario solo *era conocido por algunas obras ligeras, que acaso estan en contradiccion con los profundos conocimientos*; y desconoce otras obras suyas de mas importancia y volumen (*). Asegura que el autor *ha pasado sus mejores años en un pais extranjero*, cuando solo ha faltado cuatro ó cinco de España. Manifiesta la maligna sospecha de que encontrase en la Real Academia de la Historia *muchas de las diez y seis mil cartas que dice haber recibido de los señores curas*; cuando aquella corporacion en el prólogo de su Diccionario ha dado noticia de las personas á quienes pidió y de quie-

(*) ¡Las obras ligeras en contradiccion con los conocimientos profundos! ¡Cómo hubiera el observador calificado á Quevedo, el hombre mas instruido de su edad, juzgándole por sus romances?

nes hubo sus materiales, y no hace mencion ni en unas ni en otras de los curas. Ajusta muy de propósito la cuenta del tiempo que se ha invertido en la formacion del Diccionario, refiriendo arbitrariamente el principio de esta obra á la admission del autor en dicho cuerpo, que no es tan reciente como pondera; cuando del mismo prólogo aparece, que preparaba *muchos años hace* un diccionario universal, en que tenian necesariamente una parte principalísima los artículos tocantes á España: que la insinuacion de la Academia solo sirvió para que limitase su trabajo á este reino: que entonces arrumbó *sus numerosos legajos pertenecientes á los estrangeros*, aprovechando por consecuencia los pertenecientes á la nacion: en fin, que tenia escrita la introduccion que ha puesto al frente del Diccionario; y los que entienden de formar libros, saben que la introduccion no es lo primero que se escribe. Mas ¿a qué conduce toda esa chismeria? No ciertamente á manifestar lo que hay en la obra, sino lo que hay en el ánimo de su impugnador.

Ademas de las memorias publicadas é inéditas, consultadas muy de antiguo por el diccionarista, empezó desde el año de 1822 á pedir noticias de los distritos á las autoridades de aquella época: desde principios de noviembre de 1824, en que se dedicó á esta empresa con mas teson, dirigió á las de Policia muchas cartas sobre este objeto: á entradas de 825, cuando llevaba escritas de mano mas de cuatrocientas, para facilitar esta operacion imprimió veinte y siete mil, que circuló á los señores curas de todos los pueblos, á los profesores de cirujía y de farmacia, de que obtuvo una lista completa, y á los de medicina que pudo averiguar, sin contar una multitud de sugetos particulares. De las veinte y siete mil cartas solo han

quedado cuatro ó cinco por dirigir. Hechos en que han intervenido tantas personas, y que ha visto y sabe todo el mundo, ni pueden fingirse, ni ser un secreto para el autor de las Observaciones; y su empeño en dudarlos ó desmentirlos, es un portento de mala fe, á que yo me abstengo de dar nombre, por no copiar el language del observador.

La ocasion y la naturaleza de los reparos son la prueba mas perentoria de su dañado intento; y no alegaré mas, por no hacer cansado este escrito. Cualquiera puede advertir equivocaciones al autor del Diccionario, para que no las olvide en las enmiendas que tiene ofrecidas en el suplemento; pero nadie tiene derecho de fundar sobre ellas acusaciones, mientras no se publican esas enmiendas. ¿Con qué justicia le condena antes de que haya acabado de hablar? ¿Y con qué espíritu le acrimina por equivocaciones materiales, que solo pueden ser erratas de la impresion? ¿Cree de buena fe el critico, que el diccionarista no sabe lo que son meridianos y paralelos, cuando él mismo los explica en la introduccion? Pero veamos en particular algunos ejemplos de la manera dolosa con que se presentan las observaciones.

Nótase en ellas (pág. 7) el error de que hablamos ya, de demarcar el territorio de Castilla la Nueva *entre* la latitud y la longitud. En efecto, describiéndose la latitud por una línea horizontal, y por una perpendicular la longitud, estas dos líneas se cruzan rectamente en un punto, y no dejan entre sí un espacio determinado. Pues en seguida del reparo sobre esta errata continúa: *lo mismo sucede con Alava, que supone* (el autor del Diccionario) *comprehendida entre los 42½ de latitud N. y el 1º de longitud oriental de Madrid. Repítelo en Aragon.* Estas dos acusaciones son falsas; porque ni *sucede lo mismo* con Alava,

cuyas palabras adultera, ni se *repite* en Aragon la errata observada en el artículo de Castilla. De Alava se dice que *se halla á los 42 $\frac{1}{4}$ ° de latitud N. y en el 1° de longitud oriental de Madrid.* En esta fórmula no hay vicio alguno. No se dice, como finge el buen crítico, que Alava *está comprendida entre* esas dos líneas, en lo cual consistiría el error; porque cruzándose, como se ha dicho, no abrazan un espacio entre sí. Lo que se dice de aquella provincia, es que se halla á la latitud en que principia su límite inferior, y por tanto se encuentra en ella; y á tal longitud en que se supone su límite occidental, y por eso se encuentra en aquel meridiano. Por manera, que Alava aunque no puede *comprenderse entre* las dos líneas señaladas, debe *hallarse* en el ángulo que forman al N E. Pasemos á Aragon. «Está situada esta provincia (se dice) entre los 15° 17' y 20" de longitud, y 41° 20' 42" y 45° de latitud boreal." Aquí se pone la partícula *entre*; pero se fijan dos líneas paralelas, formadas por las dos latitudes, y una perpendicular que las termina por un lado; y esas líneas demarcan un espacio, dentro del cual puede considerarse un territorio. Y si bien para cerrar el cuadro y fijar el límite oriental que le falta, sería necesaria otra perpendicular, sabe el crítico, y en su defecto lo saben muchos, que en las situaciones astronómicas se espresan las determinaciones conocidas, aun cuando sean incompletas. Hay tambien aquí algunas erratas de número, nacidas del mismo origen que las anteriores; pero cuidado que no son esas las que se reprueban en este lugar, sino el error de considerar un espacio *entre* las líneas señaladas, lo cual no ha podido censurarse, sin adulterar de propósito el artículo de Alava y ocultar adrede las palabras del de Aragon.

«Desde el primer pueblo que nombra en el Diccionario (dice su antagonista,) ya empieza á faltar á lo que ofrece en el prólogo, pues ni pone la poblacion, industria, etc.” Es falso que haya ofrecido en el prólogo decir estas cosas de todos los pueblos; y si lo hubiese ofrecido espresamente, debería entenderse esta oferta de un modo racional, en cuanto fuese posible cumplirla. Y es imposible moralmente que, no ya un particular, pero ni una junta ó corporacion adquiera noticias tan circunstanciadas y cabales, como se desean, de todos los pueblos, algunos de ellos pequenísimos y oscuros, cuyo nombre no ha sonado en España hasta que los ha sacado á luz el autor del nuevo Diccionario. La Real Academia de la Historia, limitando su obra á la Navarra y Provincias Vascongadas, no pudo conseguirlo, y confiesa en el prólogo, que por falta de noticias de algunos pueblos, *apenas se dice de ellos sino el nombre*. ¿Cómo ese bendito impugnador exige de quien ha hecho mas que nadie hasta ahora, lo que ninguno probablemente hará jamas? En la cláusula que él llama oferta, solo dice el diccionarista: *quería yo referir de cada pueblo de España su verdadero nombre actual, el que tuvo en tiempo de los romanos, etc.* Querer una cosa, no es ofrecerla, ni aun tener posibilidad de ejecutarla. -- Es falso en segundo lugar, que *no pone la poblacion, industria, producciones y distancia de la capital del primer pueblo que nombra*; porque señala la parroquia á que pertenece, que es *Bullaso*, y se remite á su artículo, donde se espresa la situacion, la agricultura y productos de los cuatro lugares ó *barriadas* que comprehende, cuya grandeza puede inferirse de que todos juntos contribuyen 283 reales 24 maravedises: la poblacion se dirá en *Itlano*, que es el concejo con que estan

incorporados los vecinos, y á que estos artículos se refieren. ¿Qué podía decirse de *Ababurreiro* separadamente? ¿Conoce el crítico la manera con que están pobladas las Asturias? ¿Qué fácil es disparatar!

«Hablando (prosigue el mismo) de los principales pueblos de Castilla la Nueva, omite la capital de la Mancha. *Iguat descuido que con Ciudad-Real*, se nota con las villas de Alar del Rey, Alba la Real, Badillo del Rey y otras que no tienen artículos.” Es falso que se note *igual descuido* con Ciudad-Real, que tiene un artículo bien estenso. Solo se dejó de nombrar entre los principales pueblos de Castilla la Nueva. ¡Gran pecadazo, que no ha podido lavarse con haberla descrito luego menudamente!

«En la descripción de las provincias (otra vez el crítico)» se vale á fin de manifestar su estension de lo largo y ancho que tienen.... y no espresa la estension superficial en leguas cuadradas.” Falsísimo. Cinco solas provincias comprehenden los dos tomos mórdivos por él: Alava, Aragon, Asturias, Avila y Burgos. Las cuatro primeras tienen determinada la superficie por leguas cuadradas; la última sola no la tiene, ni puede tomarse de los autores á que tan con fiadamente se remite el observador, ni importa determinarla por esta medida. De esos tres escritores que nombra, solo Antillon manifiesta por este método la superficie de las provincias. Laborde la demarca por largo y ancho, como reprueba el crítico, y se hace en todos los diccionarios; y á Valencia, cuya superficie espresa en leguas cuadradas, le da una dimension muy distinta. Al fin de su *Itinerario* copió el traductor la tabla de Antillon, y esta añadidura equivocó á nuestro hombre; pero eso no es citar otro autor, sino otro ejemplar de la misma obra. Verdejo

señala la estension superficial por las grandes comarcas ó reinos, que abrazan cuatro ó seis provincias; y así no pueden hallarse en él las medidas separadas de cada una. El crítico engaña cuando censura, y se engaña cuando cita testigos para apoyarse. Todo es falso en su papelucho. Aquí mismo dice, que el diccionarista no habrá visto esas obras, pues no las cita entre las que ha consultado; y el diccionarista cita espresamente á Antillon y á Laborde en la pág. 9 del prólogo.

Dije que la medida superficial de la provincia de Burgos no puede tomarse de los autores citados al intento; porque Antillon, á quien se han reducido todos, une á Burgos con Santander, que forma ya una provincia separada. Dije que no importa esa medida, y por eso no merece mucho el trabajo de determinarla; porque á pesar de la estimacion que le da el crítico, será incierta y errónea, mientras no tengamos mapas exactos. Sin salir de un autor, la superficie de España, medida por los mapas de las provincias de Lopez, es de 15,005½ leguas cuadradas; medida por su mapa general, es de 15,869. Ambas dimensiones las ha publicado Antillon; y á fe que no es un grano de anís la diferencia.

Volvamos á la mala fe de las *Observaciones*. Imputando defectos de estilo al Diccionario, se dice que quien lo publica, no habrá leído la mayor parte de los artículos *de que se titula autor*. No merece esta acusacion maligna, quien ha confesado ingénuamente en el prólogo, que hay un gran número de artículos escritos por otra mano.— Con la misma fidelidad se hace burla de que en el artículo de Cádiz se dé la noticia de que *no es un pueblo agricultor*. Léalo cualquiera, y verá que el sentido de la espresion es, que sin embargo de que ni es ni puede ser agricultor aquel pueblo,

ha logrado acimatar la cochinilla. Y he aquí transformada en una antítesis la sentencia, que con la mas sana intencion presenta el crítico como una sandez.

Otro ejemplo y no mas ; que ni tantos se necesitan para acreditar la mala fe que rebosa por todas las líneas del papelote. Búrlase, como siempre, de la instruccion en Geometría del diccionarista, porque *sienta el garrafalísimo disparate* (he aquí las palabras del folleto), *de que el Soto de los Albures, está 375009 pies mas bajo que Reinosa.* Es falso que el autor del Diccionario *siente* ni levante nada sobre el Soto de los Albures. Esta nivelacion se halla en el artíc. *Canales, redactado de pluma* de un ingeniero célebre que honra á la nacion y á la ciencia. En el prólogo se previene así, y se manifiesta su nombre, que debiera inspirar mas circunspeccion al papalista. Atun hay en esta observacion otra prueba de mala fe, porque en seguida de aquella suma, que es la inferioridad de nivel del Soto de los Albures respecto de Reinosa, se estampan las alturas de estos puntos por pies y decimales, y se establece por tanto la diferencia entre los dos ; la cual hubo de despertar la observacion del folletista, y mostrarle necesariamente que faltaba una coma decimal despues de 375, y que los números siguientes eran un quebrado. Nada importa advertir que sobra un cero en este, pues solo es de 9 centésimas. En el número 3291, puesto cuatro renglones antes, hubo igual omision de una coma ; pues la diferencia de nivel que resulta entre Reinosa y Alar del Rey, es de 32 pies y 91 centésimas. Pero valerse de erratas de imprenta tan fáciles como el olvido de una coma ; de erratas que estan demostradas en el mismo lugar, ¿no es el colmo de falsía y de saña pueril ? ¡ Qué asco !

Muchos errores y torpezas hemos tropezado al paso, cuando solo tratábamos hasta ahora de mostrarla debilidad y la mala fe de las *Observaciones*. La falta absoluta de saber está tan mezclada con ellas, que no ha sido posible separarla del todo. Mas este encuentro del Soto de los Albures, nos abre una anchisima puerta para pasar al punto

III.º

Ignorancia de las Observaciones.

¡Qué campo tan inmenso! Fijemos solo algunos postes en él, para señalar su estension.

1.º A la fraudulenta medida de 375009 pies que supone dada al nivel del Soto de los Albures, añade esta curiosa apostilla: *es decir, 56 leguas, altura catorce veces mayor que la de la mas alta montaña de la tierra.* ¡Piedad, señor crítico, por Dios! que nos ahogamos en disparates. Ese número de pies que V. no ha podido concertar, no llega á 19 leguas de 20 al grado, ni menos de 20,000 pies, que son las legales de España. ¿Qué diantre de estadal usa V. que nos ha triplicado su número? -- ¿Y 56 leguas hacen una altura catorce veces mayor que la de la montaña mas alta? ¿Nada mas de catorce veces? ¿Y dónde están esas montañazas de cuatro leguas de altura? Porque el pico mas elevado de Himalaya en el Tibet, que es la mayor que conocíamos, no llega á legua y media. Admirables son los descubrimientos del crítico. ¡Si nos hallara una buena mina! Y cuenta con que ha puesto su fe de erratas de este mismo lugar.

2.º El diablo que entienda sus leguas. Aquí las pare, y en otra parte se las engulle. Sobre la distancia de 2º 35' 30" á que está Cádiz del meridiano

de Madrid. y se puso equivocadamente de su observatorio, como ya notamos, dice (pág. 7) que el observatorio se halla *segun este calculo, distante sobre treinta y seis leguas de aquella ciudad.* ¡Qué leguazas, Dios mio! ¿Si medirá por estas la altura de las montañas? Sepa el agrimensor, que los grados indicados antes, hacen 52 leguas de 20 al grado, que son aproximadamente las determinadas por última ley en España: que hacen $45\frac{1}{2}$ leguas de $17\frac{1}{2}$ al grado, que son las antiguas, y que no hay medida ninguna que solo produzca treinta y seis.

3.º De la dimension lineal en que ha sido tan feliz, pasa á la formacion de las figuras, en que no es menos atinado. *Bien se puede sospechar la falta de conocimientos en la Geometria, de un sugeto que escribe, que Castilla la Vieja tiene figura triangular,* dice el criticante. En forma de triángulo, son las palabras del diccionario: formando un triángulo regular, dice Laborde, y dicen cuantos saben lo que se dicen. Y si tiene esa forma ¿qué le ha de remediar el autor del Diccionario? La division politica de los distritos pende del gobierno, y no puede ningun escritor alterarla. Lea el impugnador la descripcion que en el mismo Diccionario se hace, donde se demarcan sus tres lados; examine los mapas, y tenga paciencia por esta vez hasta que se varíe la division del territorio. ¿Querrá que le expliquemos lo que es triángulo, como se ha hecho con las leguas y la altura de las montañas? Pues no señor, que es necesario acabar pronto, y nos quedan muchos desatinos que repasar.

4.º «¿Porqué se ha valido (pregunta el crítico,) para espresar las producciones y riqueza de la provincia de Burgos, de los productos del año de 111? ¿Pudiera haber escogido un año peor? ¿No

»sabe que para dar una idea de los productos *na-*
turales de un pais (¡qué bien pone los epítetos!)
 »se toma el término medio entre los de cinco ó
 »mas años consecutivos?" ¡Haya tal torpeza de
 entendederas! El autor del Diccionario no *ha es-*
cogido los estados de 1811, ni ningun particular,
 ni el Gobierno mismo pudiera haber escogido el
 que quisiese. ¿Dónde se figura el observador que
 hay esa abundancia de estados semejantes de todos
 los años, y de años consecutivos, para escoger
 como entre peras? El autor no presenta esos esta-
 dos, como el promedio ó el *producto comun*
 de la provincia de Burgos, sino como una noticia
 de lo que produjo en aquel año particular: no-
 ticia muy circunstanciada, que acaso no se haya
 formado igual de los años posteriores: noticia
 muy curiosa, por ser de un año de guerra y devas-
 tacion: noticia por lo mismo muy digna de con-
 servarse y conocerse, para ser un término de com-
 paracion con los años ordinarios. ¿Cómo se encon-
 trará ese término medio que él quiere, mientras
 no haya estados particulares de cada año? ¿Y
 cómo los habrá, si los poquitos que existen ó
 se encuentran, no se publican? ¡Pobre criatura!
 Confunde los cálculos de la *aritmética esta-*
distica con los *datos históricos* sobre que se
 forman.

5.º Pero no se cansa de desatinar. Los *produe-*
tos fabriles y comerciales mas auténticos del
 Diccionario, dice que *son los que toma del censo*
de 1797. Primer disparate: el censo de 97 solo
 enumera las personas, y nada dice de los produc-
 tos. Disparate segundo: el único censo publicado
 hasta ahora, en que se refieren los productos, es
 del año de 1799, y se limita á *los frutos y ma-*
nufacturas. De productos *comerciales* no se ha
 formado censo en España.

6.º Critica por fin el criticador *el language incorrecto y desigual, la falta de ortografía y la inobservancia de las reglas retóricas* en el Diccionario. ¡Bravisimo, señor Quintiliano! Eso sí que es criticar á muerte, y pasarlo todo á cuchillo. No dice cuáles son las desigualdades é incorrecciones, ni las faltas de ortografía, ni las platiquillas de retórica á que ha contravenido el autor. Pero ya se deja ver que lo entiende, y sabe donde le muerde el zapato en esto de la parladería. ¡Cáspita si lo entiende! Aquel título de su obreja puestó con tanta sencillez y precision..... Vaya: como se debe poner un título. *Observaciones necesarias,.... pues en ellas se demuestran hasta la evidencia algunos de los innumerables errores*, ect. ect. ect. Esta causal en la portada es divina. Viene á ser una pruebecita de aquella *necesidad* de comprar el folleto, que se propuso antes. Esto se llama confirmacion. ¿No es verdad? He aquí ya en el fróntis, como si dijéramos una oracioncita retórica.

Pero hay, en intrincándose mas allá, algunas confirmaciones falsas, que necesitan revalidarse. Dice, que *aflojó sus pesetas, adquiriéndose por ellas dos gruesos tomos con sus cuatro rúbricas; lo que demuestra que el autor no carece de inventiva*. Y no entiendo yo bien, cómo el hecho de adquirir el crítico por sus pesetas los dos tomos del Diccionario, muestre la inventiva de su autor. Porque el artículo neutro *lo* se refiere necesariamente á la proposicion ó miembro que antecede, y no á la palabra *rúbricas*, con que no puede concertar. «Observé (dice mas adelante,) »que el autor no sabía lo que es longitud y latitud... ¡Cómo! dirán admirados los lectores. »Pero estoy seguro convendrán conmigo, *cuando sepan que yo soy natural de Arenas, villa bien*

»conocida en Madrid por sus esquisitas frutas.» De modo , que si el observador fuese natural de Burricaria, (*véase su artículo*), ó los pios leyentes ignorasen el pueblo de su nacimiento, no conven-
drían en la ignorancia que atribuye al dicciona-
rista. Viene despues la razoncilla de esa igno-
rancia; pero viene tarde. La persuasion de los lec-
tores se motiva en la naturaleza del escribiente.

A estos ejemplos de lógica, que se escaparon á Condillac y Destutt-Tracy, agreguemos otro par de ellos sobre el uso de las particulas, para adiconar el tratado de Garcés. «No solo animado
»de mi curiosidad y deseo de saber, sino *con* el
»de contribuir á la recompensa del autor.” «Mas
en *lo* que está todavia mas gracioso en este punto,
es *cuando* dice”..... Esto sí que es entender de
achaque de language, y saber la correspondencia
y paloteo de las voces con que se hilvanan los
miembros de un período; lo demas es incorrec-
cion y paja y desobediencia á las reglas retóricas.
¿Pues montas que se le alcanza menos de ortogra-
fia? Qué lean, que lean en su original la cláusula
de los Albúres (pág. 14); y el que por la puntna-
cion le saque el sentido, uñas ha de tener. Que
lean el último párrafo, que es un sólo período de
diez y siete líneas, sin unidad de sentencia, sin
reposos, sin giro, sin mas enlace que el de un
puñado de cerezas; y el que acierte donde termina
la interjeccion, y tenga resuello para concluirlo,
no necesita de campana urinatoria para bucear.

Pues este señor es quien echa en cara la in-
correccion y la desigualdad de language, (¡ya se
le escaparía á él!) sin advertir que esa desigual-
dad se halla en todos los diccionarios en que in-
tervienen manos diversas : el que desde el título
de su papel acrimina, aunque no señala, los yerros
de ortografía en obra tan estensa y minuciosa, en

que no pueden dejar de deslizarse : el que clama que se quebrantan en ella las reglas retóricas. ¡Reglas retóricas para un Diccionario de Geografía! ¿Si se necesitará tambien plomada y cartabon? -- ¿Qué es ángulo? Hablar uno de lo que no entiende.

¡Alto! ¿Quién pudiera barrer todas las horras del papelejo? Pero es necesario ser justos: y si no podemos apreciar el buen desempeño en la tarea del criticaastro, debemos por lo menos celebrar la fuerza de su espíritu en acometerla. Osar con un pliego de papel, lleno de bobadas y errores torpísimos, en que se finge ó se adultera ó se equivoca todo; en que hasta el idioma se corrompe: osar con ese esputo crítico combatir una obra de inmenso trabajo y volúmen, utilísima en su objeto, primera y única en su clase, porque se haya puesto una palabrilla ó coma de mas en la imprenta, errado algun número ú olvidado alguna virgulilla decimal, es empresa que arredraria al mismo Ferragut. -- Pero el autor del Diccionario, que ha dado de los pueblos de la Península mayor número de noticias nuevas que todas juntas las que se sabian : que ha puesto la primera piedra de un edificio nuevo y grandioso que necesitaba la España; debe continuar su importante obra, menospreciando las fanfarronadas y el tono baladron de los censuradores de mala fe, y trabajar solo en completarla y perfeccionarla. Decir, como el pseudo-crítico, que todo se esté quieto hasta que al Gobierno *le sea posible* nombrar comisiones de sabios que recorran las provincias, levanten planos, formen estados, examinen las fábricas, y hagan en las circunstancias de mayor apuro lo que no se ha hecho en los tiempos de nuestra opulencia, es pretender que se prive para siempre á la nacion de este bien, que

le ofrece uno de sus hijos. Ponz y Lopez nada hubieran hecho siguiendo ese estúpido consejo; y careceríamos ahora del *Viage* y del *Atlas* de España. El Gobierno y la nacion agradecerán por el contrario el servicio y los deseos del diccionarista; y si no lo hiciere el mismo, se escitarán á su ejemplo otros españoles celosos, que den á su obra la última lima y complemento.

Hasta aquí pude tener paciencia para copiar tantas pesadeces del lapon, de quien nada hay que estrañar cuando se enfurruca contra un habitante de la zona tórrida. Pero yo que no pertenezco ni á uno ni á otro pais, no quisiera que el señor D. J. Alvarez, ó como se llame, tomase al pie de la letra la demostracion, que él supone haber hecho, de esas cuantas docenas de disparates; porque estoy bien persuadido de lo fácil que es cometerlos, cuando se arroja uno á imprimir todo un pliego de papel en 8º, con su portadita y su fe de erratas. El buen señor no ha podido hacer mas, ni desempeñarlo mejor; y si no, que lo digan los que se lo encargaron. Yo por mi parte me confieso vencido y derrotado, y como si digesemos hombre al agua, sin que me quede aliento para volver á corregir ni una prueba de la imprenta; ¡Ojalá que este mi sincero arrepentimiento bastase á conseguir de nuestro héroe el ligero esfuerzo de ponerse á escribir otro diccionario de la Península mas completo, mas correcto, y sobre todo mas barato que el mio! Para ello estoy pronto á ofrecerle dos poderosos auxilios, que á mi entender no le estaran de sobra, segun el olfato que me ha dado su pergeño. El primero es, de adelantarle mi suscripcion en los mismos términos que

él me ha adelantado la suya; y el segundo, proporcionarle, como desde ahora le proporciono, una facilísima ganancia, y es la de entregarle una onza de oro por cada pueblo que yo haya omitido en el Diccionario, con tal que él se obligue con buenas fianzas á abonarme cuatro maravedises de vellón por cada uno de los que se encuentren en él, sin que hasta ahora se haya hecho mencion de ellos en ningun otro diccionario, ni en ningun otro libro impreso. La proposicion no puede ser mas ventajosa para quien con tanta facilidad sabe echar de menos en mi obra, aun lo mismo que se halla en ella. Pero si por ventura, ni aun con estos poderosos alicientes le llamase Dios á emprender este gran servicio público, y prefiere la profesion de vanderillero de obras ajenas, desde ahora puede contar con un campo libre para hacerlo sin temor de nuevas réplicas ni argumentos; porque tengo por averiguado, que hay varios modos de pasar el tiempo, menos incómodos que contestando á majaderías.



